

Imprimir

Ante las medidas económicas del presidente Trump, sus críticos centristas oscilan entre la desesperación y una fe conmovedora en que su frenesí arancelario dará sus frutos. Suponen que Trump seguirá resoplando hasta que la realidad exponga la vacuidad de su lógica económica. No se dieron cuenta: la fijación de aranceles de Trump es parte de un plan económico global sólido, aunque intrínsecamente arriesgado.

Su pensamiento se basa en una concepción errónea de cómo el capital, el comercio y el dinero se mueven alrededor del mundo. Como el cervecero que se emborracha con su propia cerveza, los centristas han llegado a creer en su propia propaganda: que vivimos en un mundo de mercados competitivos donde el dinero es neutral y los precios se ajustan para equilibrar la oferta y la demanda de todo.

El “ingenuo” Trump es, de hecho, mucho más sofisticado que ellos en el sentido de que entiende cómo el poder económico puro, no la productividad marginal, decide quién hace qué a quién, tanto a nivel nacional como internacional.

Si bien corremos el riesgo de quedarnos mirando al abismo cuando tratamos de escudriñar la mente de Trump, necesitamos entender su pensamiento sobre tres preguntas fundamentales: ¿Por qué cree que Estados Unidos está siendo explotado por el resto del mundo? ¿Cuál es su visión de un nuevo orden internacional en el que Estados Unidos pueda volver a ser “grande”? ¿Cómo piensa lograrlo? Sólo entonces podremos elaborar una crítica sensata del plan económico general de Trump.

Entonces, ¿por qué piensa el Presidente que Estados Unidos ha sido maltrato? Su principal queja es que la supremacía del dólar puede dar enormes poderes al gobierno y a la clase dominante estadounidense, pero, en última instancia, los extranjeros lo están utilizando de maneras que garantizan el declive de Estados Unidos. Así que lo que la mayoría considera *un privilegio exorbitante* de Estados Unidos, para él es una *carga exorbitante*.

Trump lleva décadas lamentando el declive de la producción manufacturera estadounidense: “*Si no tienes acero, no tienes país*”. ¿Pero por qué culpar al papel global del dólar? Porque,

responde Trump, los bancos centrales extranjeros no están permitiendo que el dólar se ajuste al nivel “correcto”, en el que las exportaciones estadounidenses se recuperen y las importaciones se frenen. No es que los bancos centrales extranjeros estén conspirando contra Estados Unidos. Es solo que el dólar es la única reserva internacional segura que pueden conseguir.

por sus propias monedas, el Banco Central Europeo, el Banco de Japón, el Banco Popular de China y el Banco de Inglaterra suprimen la demanda de sus monedas (y, por lo tanto, el valor de ellas). Esto ayuda a sus exportadores a aumentar las ventas a Estados Unidos y ganar aún más dólares.

En un círculo vicioso, estos dólares frescos se acumulan en las arcas de los bancos centrales extranjeros, que, para ganar intereses de forma segura, los utilizan para comprar bonos del gobierno estadounidense.

Y ese es el problema. Según Trump, Estados Unidos importa demasiado porque es un “buen ciudadano global” que se siente obligado a proporcionar a los extranjeros las reservas de dólares que necesitan. En resumen, la industria manufacturera estadounidense está decayendo porque Estados Unidos es un “buen samaritano”: sus trabajadores y su clase media sufren para que el resto del mundo pueda crecer a sus expensas.

Pero el estatus hegemónico del dólar también sustenta *el excepcionalismo estadounidense*, como Trump sabe y aprecia. Las compras de títulos del Tesoro de Estados Unidos por parte de bancos centrales extranjeros permiten al gobierno estadounidense tener déficit y pagar un ejército de gran tamaño que llevaría a la quiebra a cualquier otro país. Y como eje de los pagos internacionales, el dólar hegemónico permite al presidente ejercer el equivalente moderno de la diplomacia de las cañoneras: *sancionar a cualquier persona o gobierno a voluntad*.

Esto no es suficiente, a ojos de Trump, para compensar «el sufrimiento de los productores estadounidenses» que se ven debilitados por extranjeros cuyos banqueros centrales explotan

un servicio (las reservas de dólares) que Estados Unidos les proporciona gratuitamente para mantener el dólar sobrevaluado.

Para Trump, Estados Unidos se está debilitando por la gloria del poder geopolítico y la oportunidad de acumular las ganancias de otros. Esta riqueza importada beneficia a Wall Street y a los corredores inmobiliarios, pero sólo a expensas de la gente que lo eligió dos veces: los estadounidenses del corazón del país que producen los bienes “masculinos” como el acero y los automóviles que una nación necesita para seguir siendo viable.

Y esa no es la peor de las preocupaciones de Trump. Su pesadilla es que esta hegemonía sea fugaz. En 1988, mientras promocionaba su *libro El arte de la negociación* ante Larry King y Oprah Winfrey, se lamentaba: *“Somos una nación deudora. Algo va a pasar en los próximos años en este país, porque no se pueden seguir perdiendo 200 mil millones de dólares al año”*.

Desde entonces, está cada vez más convencido de que se acerca un terrible punto de inflexión: a medida que la producción estadounidense disminuye en términos relativos, la demanda mundial de dólares aumenta más rápido que los ingresos estadounidenses. Por lo tanto, el dólar debe apreciarse aún más rápido para seguir el ritmo de las necesidades de reservas del resto del mundo. Esto no puede continuar para siempre.

Porque cuando el déficit estadounidense supera un cierto umbral, los extranjeros entrarán en pánico. Venderán sus activos denominados en dólares y encontrarán otra moneda para acumular. Los estadounidenses quedarán en medio del caos internacional con un sector manufacturero destruido, mercados financieros abandonados y un gobierno insolvente.

Este escenario de pesadilla ha convencido a Trump de que su misión es salvar a Estados Unidos: que tiene el deber de instaurar un nuevo orden internacional. Y esa es la esencia de su plan: lanzar un shock decisivo contra Nixon en 2025, un shock global que desharía el trabajo de su predecesor al poner fin al sistema de Bretton Woods en 1971 que condujo a la era de la financiarización.

En el centro de este nuevo orden global estaría un dólar más barato que seguiría siendo la

moneda de reserva mundial, lo que reduciría aún más las tasas de endeudamiento a largo plazo de Estados Unidos. ¿Puede Trump tener su pastel y comérselo (un dólar hegemónico y bonos del Tesoro estadounidense de bajo rendimiento) y comerse también (un dólar depreciado)?

Él sabe que los mercados nunca le harán esto por propia voluntad. Sólo los bancos centrales extranjeros pueden hacerlo por él. Pero para aceptar hacerlo, primero hay que ponerlos en acción. Y aquí es donde entran en juego sus deberes.

Esto es lo que sus críticos no entienden. Piensan erróneamente que él cree que sus aranceles reducirán por sí solos el déficit comercial de Estados Unidos. Él sabe que no lo harán. Su utilidad reside en su capacidad de inducir a los bancos centrales extranjeros a reducir las tasas de interés internas. Como resultado, el euro, el yen y el renminbi se debilitarán frente al dólar. Esto anulará los aumentos de precios de los bienes importados que ingresan a Estados Unidos y dejará sin cambios los precios que pagan los consumidores estadounidenses. Los países sujetos a aranceles pagarán efectivamente los aranceles de Trump.

Pero los aranceles son sólo la primera fase de su plan maestro. Con los altos aranceles como nueva medida predeterminada y el dinero extranjero acumulándose en el Tesoro, Trump puede esperar el momento oportuno mientras amigos y enemigos en Europa y Asia se apresuran a dialogar. Aquí es donde entra en juego la segunda fase del plan de Trump: *la gran negociación*.

A diferencia de sus predecesores, desde Carter hasta Biden, Trump desdeña las reuniones multilaterales y las negociaciones multitudinarias. Es un hombre de uno a uno. Su mundo ideal es un diseño *de eje y radios*, como una rueda de bicicleta, donde ninguno de los radios individuales hace mucha diferencia en el funcionamiento de la rueda. En esta visión del mundo, Trump se siente seguro de que puede manejar cada tema en secuencia. Con los aranceles por un lado y la amenaza de eliminar el escudo de seguridad estadounidense (o desplegarlo contra ellos) por el otro, cree que puede convencer a la mayoría de los países

para que estén de acuerdo.

¿Acepta qué? Para apreciar sustancialmente su moneda sin liquidar sus reservas de dólares a largo plazo. No sólo esperará que cada uno de los interlocutores reduzca las tasas de interés internas, sino que pedirá cosas diferentes a los distintos interlocutores.

A los países asiáticos que actualmente acumulan la mayor parte de los dólares, se les pedirá que vendan algunos de sus activos en dólares a corto plazo a cambio de su propia moneda (que luego se aprecia). Desde una eurozona relativamente pobre en dólares y plagada de divisiones internas que aumentan su poder de negociación, Trump podría pedir tres cosas: que acepten canjear sus bonos de largo plazo por bonos de muy largo plazo o quizás incluso perpetuos; que permitan que la producción alemana migre a América; y, por supuesto, que compren muchas más armas de fabricación estadounidense.

¿Puedes imaginar la sonrisa burlona de Trump al pensar en esta segunda fase de su plan maestro? Cuando un gobierno extranjero acceda a sus demandas, habrá obtenido otra victoria. Y cuando un gobierno renuente se resista, los aranceles permanecen, proporcionando a su Tesoro un flujo constante de dólares del que puede prescindir cuando lo considere conveniente (ya que el Congreso sólo controla los ingresos fiscales).

Una vez completada esta segunda fase de su plan, el mundo se dividirá en dos bandos: un bando protegido por la seguridad estadounidense a costa de una moneda apreciada, la pérdida de instalaciones manufactureras y compras forzadas de exportaciones estadounidenses, incluidas armas. El otro campo estará estratégicamente más cerca de China y Rusia, pero aún conectado a Estados Unidos a través de un comercio reducido que todavía le proporciona a este país ingresos arancelarios regulares.

La visión de Trump de un orden económico internacional deseable puede ser radicalmente diferente a la mía, pero eso no nos da a ninguno de nosotros licencia para subestimar su solidez y propósito, como lo hacen la mayoría de los centristas.

Como todos los planes bien trazados, éste, por supuesto, podría salir mal. La depreciación del

dólar puede no ser suficiente para compensar el efecto de los aranceles sobre los precios que pagan los consumidores estadounidenses. O la liquidación de dólares puede ser demasiado grande para mantener los rendimientos de la deuda estadounidense a largo plazo lo suficientemente bajos. Pero más allá de estos riesgos manejables, el plan maestro se pondrá a prueba en dos frentes políticos.

La primera amenaza política a su plan maestro es interna. Si el déficit comercial empieza a reducirse como se espera, el dinero privado extranjero dejará de inundar Wall Street. De repente, Trump tendrá que traicionar a su tribu de financieros y agentes inmobiliarios indignados o a la clase trabajadora que lo eligió.

Mientras tanto, se abrirá un segundo frente. Al considerar a todos los países como portavoces de su centro, Trump pronto podría encontrarse generando disenso en el exterior. Pekín podría tirar la precaución por la ventana y transformar los BRICS en un nuevo sistema de Bretton Woods en el que el yuan desempeñe el papel de ancla que desempeñó el dólar en el Bretton Woods original.

Tal vez este sería el legado más sorprendente, y el castigo, del por lo demás impresionante plan maestro de Trump.

Yanis Varoufakis

Fuente:

<https://www.elviejotopo.com/topoexpress/el-plan-economico-maestro-de-donald-trump/>

Foto tomada de:

<https://www.elviejotopo.com/topoexpress/el-plan-economico-maestro-de-donald-trump/>